

EL SR. D. JOSÉ MARÍA VÉRTIZ.—Damos á continuacion el discurso que pronunció el Sr. D. Eduardo Licéaga á nombre de la Academia en la velada fúnebre que tuvo lugar para honrar la memoria de ese eminente comprofesor:

SEÑORES:

La Escuela de Medicina nos ha invitado á concurrir á este lugar para honrar la veneranda memoria del Sr. Vértiz, Director de este Establecimiento.

La prominente figura del hombre que hace cinco años perdió la ciencia, y que ahora pierden su familia y sus amigos, no la podrá presentar en su elevacion y en sus propias dimensiones quien acaba de recibir el honroso encargo de representar á la Academia de Medicina en esta solemnidad; sin embargo, los rasgos que la caracterizan la realzan tanto del comun de las gentes, que produce en nosotros una impresion indeleble, y la imaginacion la encuentra sin esfuerzo.

Aquella organizacion fisica, sana y vigorosa; aquella inteligencia clara y despejada; aquellas concepciones que parecian lentas por lo profundamente que penetraban; aquel espíritu sério, observador, meditabundo y sóbrio en la expresion hasta el laconismo; aquella voluntad inquebrantable; aquel espíritu sano y recto, esa elevada cualidad del espíritu humano que pesa y mide, que compara y juzga, que se apropia nada más lo exacto y deja lo incierto; esa cualidad que vale tanto y abarca tanto, y que en nuestro lenguaje usual se llama *buen juicio*; todas estas dotes reunidas en un solo hombre debian imprimirle un carácter que lo distinguiera de los demás.—Poned en juego esas facultades y explicaréis la vida del Sr. D. José María Vértiz: como estudiante abarca cuanto se sabia en su patria y es aclamado médico por sus sinodales: va al extranjero, y la solidez de su juicio le indica el camino que debe seguir, y estudia detenidamente la anatomía; ese estudio lo conduce á la práctica de las operaciones; aprende su ejecucion en el cadáver, y su aplicacion en manos de Roux, de Velpeau, de Blandin, etc., y observa, y estudia, y estudia sin cesar para formar el caudal de conocimientos que vendria á prodigar á su país, y con Andrade y con Muñoz y con Martinez del Rio, funda en México la cirugía que conocemos, la que hemos aprendido, la que hemos practicado. La juiciosa apreciacion de la oportunidad para obrar; la ejecucion segura, la sangre fría, la prevision de todos los accidentes, los recursos siempre prontos para remediarlos; la abstension en unos casos, el atrevimiento en otros, la prudencia en todos, lo hacen el árbitro de

las decisiones delicadas. Su genio modifica los procedimientos, los acomoda al caso actual; no inventa para ser inventor, sino para servir á sus semejantes.—Todos sus compañeros que viven, todos sus discípulos están unánimes en reconocer en todos sus actos como cirujano esa rara cualidad que se llama tacto médico.

Las convicciones se grababan en su alma como las cifras en la corteza tierna de los árboles, y á proporcion que se nutria con aquellas se hacian más profundas, como sucede en las plantas cuando se desarrollan y envejecen: sus convicciones, religiosas, políticas, las de sus deberes profesionales y de familia jamás cambiaron: yo le he visto dirigir este mismo establecimiento en que conmemoramos sus virtudes, sin atender á las conveniencias, ni á la amistad, ni á las insinuaciones de sus superiores, ni á la ternura que le inspiraban los alumnos; sin tener más que una regla de conducta, un solo guia: la ley, el reglamento.—Es más difícil, decia, interpretar las leyes que seguirlas al pié de la letra: así quedarán las buenas y se reformarán las malas. Si de su aplicacion habia de resultar un absurdo, las cumplia tambien, confiando en que el responsable no es quien aplica, sino quien forma la ley.

Perdonad, Señores, si el recuerdo de sus méritos me habia alejado del objeto que me conduce á este lugar; creía que hablaba entre amigos del maestro respetable y venerado, y olvidaba que habia muerto! ¡Cuánto dolor me causa la realidad de este suceso! Cómo me trae á la memoria la imágen de ese su amigo verdadero, mi sentido maestro el Sr. Jimenez, y de Erazo, y Villagran, y Aniceto Ortega y Brassetti; todos han desaparecido y en tan poco tiempo! Con razon la Escuela en donde nos formamos nos llama á compartir su dolor, á lamentar con ella la pérdida del Sr. Vértiz, una de nuestras glorias quirúrgicas.

La Academia de Medicina, que tuvo la honra de contar entre sus socios titulares al ilustre finado, me envia á decir á la Escuela, que como ella le estimaba; que como ella apreciaba su sobresaliente mérito, que como testimonio de su admiracion lo nombró socio honorario; que con profundo sentimiento ha visto desaparecer esa digna y elevada figura de nuestra ilustracion y á ese modelo en la conducta profesional.

La Academia me envia á decir á la familia del Sr. Vértiz, que sabe cuánto valia el padre que acaba de perder; que conoce la prudente y enérgica direccion que dió á su educacion; que aprecia al que hizo del hogar un templo á la virtud y al amor, al que en aquel nido de ternura enseñaba con el ejemplo más que con la palabra. La Academia me envia á decir que se asocia con todo su sentimiento al justo duelo de la familia,



ESTETÓMETRO su aplicación y trazo sobre el papel.

México Abril de 1876-Diámetro Métrico.

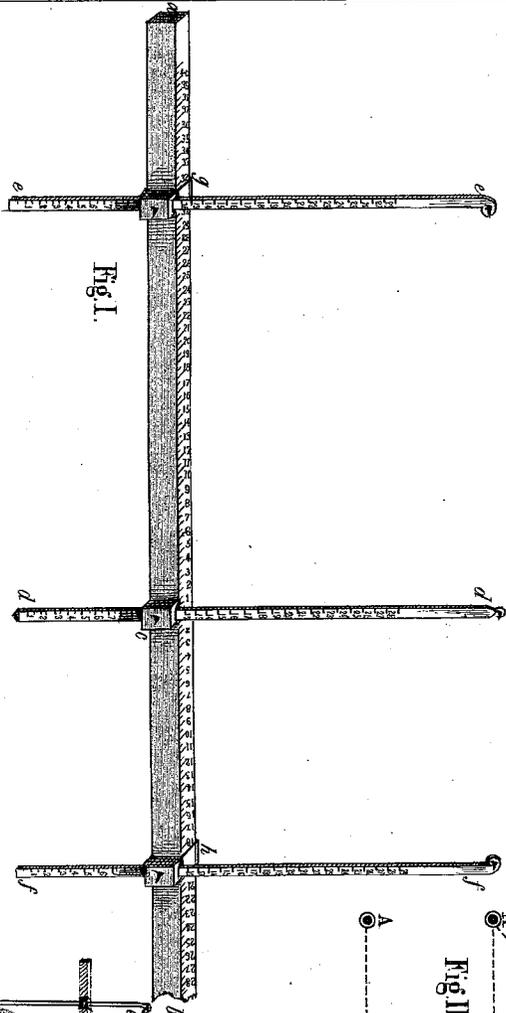


Fig. I.

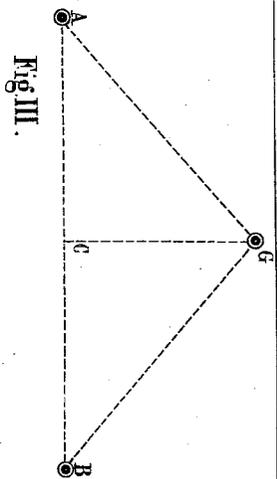


Fig. III.

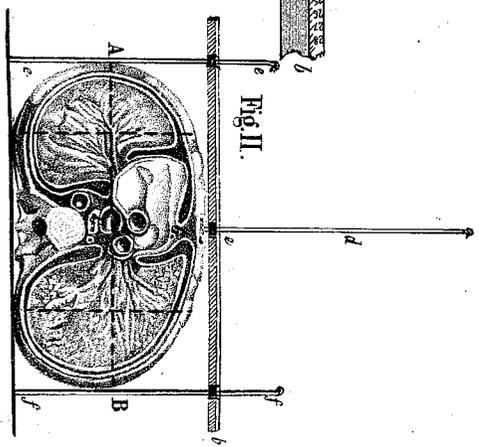


Fig. II.